



“EL 69” Y “LOS 70”. TEMPORALIDAD Y RADICALIZACIÓN EN LAS MEMORIAS DE LA MILITANCIA EN ORGANIZACIONES POLÍTICO MILITARES EN ARGENTINA

“THE 69” AND “THE 70S”. TIME AND RADICALIZATION IN THE MEMORIES OF GUERRILLA MILITANCY IN ARGENTINA

Mariana Eva Tello

Instituto de Antropología de Córdoba, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y Universidad Nacional de Córdoba
marianitaweiss@yahoo.es

Resumen

El presente artículo se enmarca en una investigación más general que analiza, desde una perspectiva antropológica, las memorias sobre las experiencias de “lucha armada” en Argentina durante los 60 y 70. Se enfoca en ciertos constructos temporales, como los de *época*, *generación* y *acontecimiento*, como soportes narrativos de las memorias. Centrándose particularmente en los sucesos de mayo de 1969, conocidos como “el Cordobazo”, aborda cómo estas representaciones sincronizan la temporalidad histórica y la vivida, y los procesos de radicalización política durante el pasado reciente.

Abstract

This article is part of a more general research that analyzes, from an anthropological point of view, the memories that involves the experiences of "armed struggle" in Argentina during the 60s and 70s. It focuses particularly on certain temporary constructs such as epoch, generation and occurrence as narrative frames of the memories. Focusing on the 1969 events known as “the Cordobazo”. This article aims to explain how those representations synchronize the lived and historical time, and the political radicalization during the recent past.

Palabras clave: violencia; política; años 70; Cordobazo.

Keywords: violence; politics; '70s; Cordobazo.



Introducción¹

El presente artículo se enmarca en una investigación más amplia en la cual analicé, desde una perspectiva antropológica, las memorias e identidades ligadas a la militancia en organizaciones político-militares en “los 70”² en Argentina³. “Los 70” constituyen, más que un periodo estrictamente cronológico, un tiempo mítico que configura un territorio de disputas en torno a la violencia política y a la posterior represión durante la última dictadura, que ha sido actualizado una y otra vez para legitimar o deslegitimar prácticas presentes.

A lo largo de esta investigación, realizada con ex militantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y de Montoneros, encontré que ciertos acontecimientos como “el Cordobazo” signaban la *época* y aparecían como *invariantes* (Pollak, 2006) en las memorias sobre el origen de los procesos de radicalización política, dando cuenta de su *eficacia histórica*⁴ (Sahlins, 1997). De este modo, el objetivo de este artículo es analizar los sentidos adjudicados a la “época”, y dentro de ella a los sucesos de mayo del 69 como claves de comprensión de la violencia política en “los 70” del *devenir* militante.

En este sentido, me pregunto, ¿de qué modo la *época* o ciertos *acontecimientos* enmarcan las experiencias de sus contemporáneos? ¿Existe algo así como un “clima” o “espíritu” ligado a una *época*? Y de ser así, ¿en qué consiste este “clima” que amalgama experiencias vividas en los 60 y 70? ¿Qué papel cumple la *época* y los *acontecimientos* que la componen en las memorias sobre el devenir lógico y crono-lógico de los procesos de radicalización de esa generación?

Así, a partir del análisis etnográfico del papel del “clima de época”⁵ y “el Cordobazo” en las memorias sobre el “origen” individual y colectivo de esta militancia, busco contribuir a pensar problemas más generales planteados clásicamente por la sociología histórica y por la antropología social donde el *tiempo* constituye una categoría de entendimiento que estructura y sincroniza experiencias, que permite imaginar y recordar. Específicamente ligados al problema del *tiempo* y la *temporalidad* vivida (Iparaguirre, 2011), categorías como la de *época* conllevan una importante performatividad en la creación de categorías identitarias como la de *generación*⁶.

Perspectivas metodológicas

El presente análisis busca abordar el objeto de investigación antes esbozado desde



una perspectiva antropológica, la cual elabora conocimientos en base a un contacto prolongado con el referente empírico. Como principios metodológicos, la *etnografía* y la *comparación* (NuAP, 1997) son la principal forma de construcción de los datos: mientras la *etnografía* apunta a analizar los hechos desde la perspectiva con la que actores específicos los significan, la *comparación* permite relativizar el sesgo negativo que en nuestras sociedades recubre a los hechos de violencia, tornándolos inteligibles, analizables (Neiburg, 1999).

Enfocada en ese *devenir* dentro de los procesos de radicalización política, la propuesta parte del análisis de entrevistas biográficas, donde la noción de *trayectoria* y *persona* funcionan como prismas desde donde mirar procesos colectivos⁷. Así, la apuesta metodológica intenta profundizar el análisis de ciertas representaciones temporales que hacen de *armazón narrativo* a las memorias biográficas, dotando de sentido a ciertos *estados colectivos*: por un lado, la idea de “contexto” y, por otro, la de “clima” particular de una “época”. Intentaré dar cuenta de estas representaciones como construcciones espacio temporales —pero también morales— donde los procesos de radicalización de la “militancia” y las representaciones sobre la violencia política cobran sentido⁸.

Como intentaré mostrar en este artículo, en las categorías nativas el “contexto” y el “clima de época” que enmarcan *acontecimientos* como el Cordobazo ocupan un lugar explicativo central en las memorias sobre el *devenir* de una radicalización. Se vuelve necesario, entonces, desentrañar etnográficamente cómo estas temporalidades colectivas ofrecen coordenadas para la construcción de memorias biográficas que se insertan y disputan mitologías que legitiman o deslegitiman el papel de esa *generación* en el presente, o en los sucesivos presentes en los cuales se sitúan sus perspectivas⁹.

Teniendo en cuenta que forman parte de una intersección entre categorías nativas y analíticas, propongo, entonces, analizar etnográficamente esas representaciones que, más que establecer marcas temporales puntuales, como es el caso de los acontecimientos, trazan los bordes de una experiencia de *contemporaneidad*. Como artefactos de sincronización de experiencias, estas nociones resultan buenas para pensar problemas más generales, como estas formas de *enmarcar* memorias a partir de un “sentir común” al interior de ciertas *comunidades afectivas* (Halbwachs, 2011) y así generar subjetividades e identidades políticas *generacionales*.

Cuba, Vietnam, el Cordobazo: el “clima” y la época



“hubo un acercamiento de la humanidad, estos jóvenes en Europa que querían paz y amor, la rebelión frente a la estructuración del primer mundo que se da después de la Segunda Guerra, cuando se hace una nueva división del mundo, que no la hacen ni los jóvenes ni los pueblos, la hacen los poderosos de siempre, el mundo se vuelve a dividir una vez más. Junto con eso hay una gran solidaridad en el primer mundo respecto a los pueblos empobrecidos del tercer mundo, empieza una fuerte lucha en África, entre las colonias europeas en África, la lucha por el *apartheid* tiene muchísimo apoyo en Sudáfrica, la guerra de Vietnam, que es una de las guerras más injustas que tuvimos en el siglo pasado también impacta en Estados Unidos, los jóvenes norteamericanos queman las cédulas de llamada para ir a Vietnam en las plazas públicas, los negros hacen las marchas por la paz y tienen sus grupos armados también, más radicalizados. En el 60 triunfa la Revolución Cubana, pero además existen los movimientos de liberación nacional en casi toda África, los movimientos de liberación nacional en América Latina que también se los olvidaron, el MR19 de Colombia existe desde aquellos años, el movimiento de liberación del Salvador existe desde aquellos años, el MIR, el Movimiento de Izquierda Revolucionario en Chile existe desde el 70, las organizaciones Uturuncos, Taco Ralo, hasta la formación de la FAR, FAP, Montoneros, ERP, en Argentina, tiene toda una historia, esto no es una cosa que vinieron dos pistoleros en paracaídas y se les ocurrió hacer... no, nada que ver, nada que ver con esta historia mediática, esto tiene una historia, un proceso. La posibilidad de que el Che Guevara abandona sus cargos en Cuba y dice «voy a continuar la revolución en América Latina, me voy a Bolivia» pone a todos los jóvenes del continente los ojos en esa posibilidad, entonces aparecen las organizaciones, aparece un proceso en los proyectos políticos ideológicos de esa época, por ejemplo, en Argentina...”. (Entrevista a Norma Álvarez¹⁰.)

A lo largo de mi trabajo de campo, realicé entrevistas extensas que apuntaban a la construcción de trayectorias políticas. Casi como un ritual, empezaban con la pregunta sobre cómo habían empezado a militar. Aunque formulada en primera persona del singular, las respuestas se desplazaban sistemáticamente hacia un “nosotros” donde la “militancia”, en tanto *comunidad*, se solapaba con otras categorías, como las de “juventud”¹¹ y “pueblo”. Esta etapa inicial de la entrevista recalaba en una serie de preámbulos de cara a una persona que, como yo, “no había vivido la época” pero, en cierto modo, había “sufrido las consecuencias”¹². Antes de empezar con cualquier relato biográfico, las personas entrevistadas consideraban sumamente importante e ineludible “poner en contexto” la experiencia de la “lucha armada”, ya que, “sacada de contexto”, podía resultar, además de incomprensible, condenable.

Esos relatos sobre el contexto y la época —que, a veces, abarcaban una sesión completa de entrevista— llegaron a causarme cierta desazón. Para mi interés, centrado en cómo la violencia se había vuelto, más allá de una estrategia política, algo pasible de ser asumido en carne propia, aquella explicación desapegada me resultaba sumamente *encuadrada* (Pollak, 2006). Pasadas las primeras entrevistas, ya podía anticipar cómo se repetiría, una y otra vez, la misma secuencia de acontecimientos: Cuba, Vietnam, el Mayo Francés y, finalmente, el Cordobazo. Pero, pese a la



monotonía que llegué a experimentar al oír prácticamente el mismo relato hasta llegar “al grano”, esas dos horas “reglamentarias” de introducción me llevaron a pensar en la función del “contexto” en sus memorias y en su propia subjetividad militante.

Esto “tiene toda una historia, no es una cosa que vinieron dos pistoleros en paracaídas”, señala Norma para disputar la representación de la “lucha armada” como un fenómeno aislado, atemporal y, sobre todo, criminal. Las memorias militantes buscan posicionarse en contraposición a las versiones “mediáticas” u *oficiales* señaladas por Norma, que situaban a la emergencia de “la lucha armada” como algo puntual y aislado, producto de la locura o la irracionalidad de ciertos grupos, sentando argumentos éticos e historiográficos para su condena¹³. En este sentido, disputar el “contexto” resultaba central para tornar comprensibles sus propios procesos de radicalización. El contexto así definido ponía al fenómeno de la militancia en perspectiva a diferentes escalas, que iban desde lo internacional a lo local y que, además, eran leídas en procesos de larga duración.

Pero, más allá de las disputas de sentido en torno a la violencia, en efecto, podemos leer estos episodios de violencia y ruptura de los *contratos civilizatorios* (Elias, 2001) como emergentes dentro de procesos de larga duración, reveladores de conflictos estructurales. Las experiencias vividas en Argentina no son, en efecto, un hecho aislado. Elias (1997) señala que por esos años el mundo asiste a una lucha generalizada por la inversión de las posiciones de poder en todos los planos: de las clases trabajadoras en relación con los patrones, de las mujeres en relación con los varones, de las poblaciones coloniales en relación con los países colonizadores de Europa, y de las generaciones jóvenes hacia las más viejas. En todos estos casos, señala, se trató de una disminución de las diferencias de poder, pero no de una inversión total, si bien algunas victorias de los oprimidos sobre los poderosos sirvieron como catalizadores de la acción política.

“Contextualizar” esas experiencias permite, entonces, tornar comprensible la brecha con el ideal civilizatorio, su ruptura y las posteriores condenas, dotando de sentido a la violencia como acción política que intentó modificar las relaciones de poder. Al mismo tiempo, el “contexto”, como veremos más adelante, conlleva la vivencia de un “clima de época” particular que permite tornar transmisibles la relación entre los procesos psico y sociogenéticos¹⁴ (Elias, 2001) de la radicalización.

Así lo relata Ignacio Vélez¹⁵, que militó en Montoneros:

“Comienza toda una etapa donde en realidad toda la vida familiar, los intereses de



la familia [...] poco tenía que ver con nosotros, estábamos buscando cada vez más compromiso con los desposeídos, con los humildes, todavía muy «prepolítico», en la medida en que no había ninguna opción partidaria. Y sí, estábamos sumamente impresionados por el triunfo de la Revolución Cubana, estábamos muy impactados, elevado a categoría mítica a este grupo de 12 hombres que sobreviven del Granma y logran levantar a un país, derrotar a una de las dictaduras más sangrientas, era una cosa que... yo creo que se mezclaba mucho con la formación cristiana, católica, esa imagen de Cristo redentor, con la espada, que no venía a traer la paz sino la guerra, que venía a separar al hijo de su padre, al hermano de su hermano El *hombre*, que aparte encajaba perfectamente con el Che. Nosotros estábamos *absolutamente* conmovidos, enamorados míticamente de esta figura, de este guerrillero heroico, de una pureza absoluta, con una voluntad férrea”.

Lo expresado por Ignacio revela las continuidades y discontinuidades que, como un diseño de ondas, van trazando el papel del contexto y de los jóvenes en él. En los casos de los exmilitantes montoneros, la superposición de humanismo y cristianismo es explícita, revelando de manera directa el *sentido* que adquiere la “militancia”¹⁶ como *ethos* y *cosmovisión*¹⁷ (Geertz, 2000).

El modo “total” en que la militancia actuaba sobre la vida de las personas, y su profusión de símbolos —donde el “Che” puede ser superpuesto a Cristo—, permite pensarla como una *cultura*, es decir la trama de prácticas rituales, símbolos, emociones¹⁸ y lenguajes que tornaron posible, posteriormente, lidiar con temas clásicamente religiosos, como son la muerte y el sufrimiento. En los relatos sobre las experiencias que precedieron a la opción por la “lucha armada”, las descripciones de ese “clima de época” es lo que imprime el *ritmo* a las experiencias de la “generación del 70”. Lo que las marca, en las memorias de los entrevistados, es un acercamiento de los jóvenes a un ideal “humanista”, una *sensibilidad humanitaria* (Fassin, 2012) que permite la identificación con sectores “oprimidos” a escala mundial. Rodolfo Novillo¹⁹, que militó en el PRT-ERP, señala al respecto:

“... creo que fue una gran movida de la juventud a nivel mundial, porque hablamos de sectores juveniles muy jóvenes, pero *muy jóvenes*, estamos hablando de gente de 17 para arriba, 17, 18 años.

M: ¿Y vos qué edad tenías cuando empezaste a militar?

R: Y yo empecé ya de veterano, tenía 17 años, había chicos de 15, entonces no resulta difícil entender a nuestra generación, por más... yo sigo reivindicándolo, pero trato de entenderlo en el marco de ese proceso histórico, sobre todo tratando de elaborar más el tema de la violencia [...] si ves Cuba, si lees un poco sobre lo que pasó en Vietnam, o sea qué pasó en el campo socialista, lo que uno planteaba no eran utopías... eran posibilidades concretas, lo que uno planteaba no era una cosa de locos...”.

Al igual que Rodolfo, la mayoría de los entrevistados coloca la experiencia vivida en un



contexto que “reivindica” la opción por la violencia política. “A pesar” del desenlace local —que implicó, además de una “derrota”, una “tragedia”—, otras experiencias similares como la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam, el Mayo Francés, el Cordobazo, son *acontecimientos* que funcionan como mojones dentro de la *época*: sirven para explicar las acciones posteriores, demarcar causas y consecuencias, ejemplificar las inversiones en las estructuras de poder a escala mundial.

El componente juvenil, que en este caso equivale a *generación*²⁰, resulta clave para el trabajo de *imaginar* una comunidad a escala planetaria, identificada por el signo de la opresión, más allá de sus diferencias de género, étnicas, nacionales e incluso de clase. Pero ¿cómo llegó a imaginarse esa *comunidad*? Lejos de las actuales tecnologías de la comunicación o de las posibilidades de desplazamiento, en este *trabajo de imaginación* (Appadurai, 2001) el papel de la cultura escrita (Anderson, 1993) resultó fundamental a la hora de configurar algunos paisajes de ese “mundo” al que se sentían ligados por una sensibilidad *humanista*.

En concreto, además, muchos espacios de sociabilidad política se estructuraban en torno a la lectura. Así recuerda Luis Mattini²¹ el papel de los libros en su formación política al interior de la biblioteca popular José Ingenieros, de Zárate, donde un viejo militante comunista alemán daba cursos de formación sobre temas de todo tipo:

“mi viejo era un gran lector [...] nos acostumbró a nosotros a leer desde chicos, él tenía una frase que decía «nosotros somos pobres —pero decía pobres en el sentido de lo que era la pobreza... en realidad somos laburantes— lo cual quiere decir que nosotros no vamos a poder viajar, pero si no podemos viajar podemos leer, el mundo se puede conocer así». Entonces él de chico nos metió esto de leer y leer, sobre todo literatura, pero también ciencia, y cuando yo llego a la biblioteca esta me topo con los libros marxistas, tengo 16 años, con toda una inquietud social, estoy yendo a la escuela secundaria en ese momento, o sea que estoy en contacto con la ciencia, escuela técnica era... ¡Qué! ¡Para mí el marxismo fue la explicación perfecta! Porque además fui educado en un ateísmo total, daba por supuesto que fuera ateo, la explicación del marxismo para mí fue como... como si alguien encuentra la Biblia y tenés todo ahí, *ahí está todo*”.

Luis Mattini fue uno de los entrevistados que comenzó a militar a principio de los 60, a diferencia de la mayoría que lo hizo hacia fines de esa década, llegando a ser un referente del PRT-ERP. Su experiencia, por esta distancia temporal y por la matriz comunista de su formación política —la cual daba una especial importancia a las lecturas— es un poco diferente al resto de las experiencias en las cuales la lectura se da menos como búsqueda de un grupo donde militar que como un “requisito de admisión” en los ámbitos de sociabilidad política ya consolidados de principios de los



70. Sin embargo, lo expresado por él guarda coincidencia con lo señalado anteriormente sobre las grandes mitologías que permitían reinterpretar el mundo, como con el sentido del tiempo que se configuraba hacia un futuro *utópico*. El marxismo, tanto en los militantes adscriptos a una izquierda atea como en los militantes cristianos, funcionó como marco de referencia que estructuraría una secuencia lógica entre un pasado de opresión, un presente que requería un compromiso total y un futuro “redentor” donde “la revolución estaba a la vuelta de la esquina”.

Así lo recuerda Antonio López²², que militó en el PRT-ERP:

“... te digo que fuimos leyendo de a poco y después ya empezamos a agarrar algunos libros, en el 69, con la cuestión del Che, la Revolución Cubana, también nos agarra en una edad bastante... la guerra de Vietnam, nosotros ya la conocíamos de los franceses, cuando estaban en Vietnam y nos interesaba leer, y también tenía un poco que ver, yo ahora me doy cuenta, después nos dimos cuenta con los otros que quedaron vivos, de que esta cuestión de la lucha del débil contra el más fuerte también influía en nosotros, y nos poníamos a charlar. Porque en serio, éramos unos bagayos políticamente [ríe], no teníamos elementos teóricos, [aunque] nos considerábamos buenos estudiantes [...]

Entonces, en los análisis que hacíamos, cuando nos juntábamos, era que había que organizarse y no sabíamos dónde, y nosotros ya teníamos la seguridad que la cosa pasaba por la lucha armada.

M: ¿Y cómo llegaron a esa conclusión?

A: Empezamos a simpatizar con esas acciones del ERP y Montoneros, la FAP, la FAR, en los años 70 o 69, por otro lado participamos en el Cordobazo, en el Ferreyrazo, y veíamos que siempre nos hacían cagar, siguiendo el hilo también del nivel de análisis decíamos, «loco, nos hacen mierda, vienen con los perros, los caballos, las balas y nos cagan a palos», y la llevábamos bien un rato y después nos cagaban a palos, entonces por ese lado empezamos a ver que hacía falta algo más y toda la influencia de la Revolución Cubana y del Che, que a esa altura ya era un ícono, que nos fue metiendo en la cuestión”.

En los relatos sobre el contexto, la teorización sobre el ejercicio de la violencia me resultaba sorprendente al principio. Con el transcurso del trabajo de campo, pude ver que el componente “intelectual” formó y forma parte de las racionalizaciones necesarias para su ejercicio. En un marco general, esta racionalización puede responder a la caracterización que hace Elias (2001) sobre el *proceso civilizatorio*: dentro de los estados modernos, el ejercicio *legítimo* de la violencia está restringido a agentes especializados, los cuales, en su formación, requieren de una alta tecnificación e intelectualización. Es probable que los militantes de estas organizaciones, al no contar con la legitimación oficial de la violencia, se hayan visto aún más necesitados de aparatos conceptuales que la justificaran y la volvieran tolerable para quienes, al concebirla como estrategia política, tuvieron que desandar



los mandatos civilizatorios incorporados. La violencia, empleada con un fin humanista, era considerada un “mal necesario” —“la partera de la historia”, en las categorías nativas—, pero no dejaba de ser considerada un “mal”; en este sentido, el “contexto” y el “clima de época” conforman a la vez marcos temporales, morales y afectivos de inteligibilidad signados por un sentimiento de identificación con una *humanidad* oprimida, y un sentimiento de “indignación” que compele a actuar sobre ella. Si, como señalara Durkheim (2001), todo acto de representación es colectivo, los actos de *imaginación* también lo son y actúan *con fuerza coercitiva* sobre las comunidades que imaginan, recuerdan y transmiten.

En un nivel más experiencial, lo que signa las memorias sobre esos procesos de radicalización es la represión en el marco de las protestas callejeras vividas en carne propia. En este prisma entre experiencias locales y referencias globales, entre micro y macro políticas es donde el Cordobazo adquiere su estatus de *mito de origen* y *ritual de iniciación* de la militancia (Turner, 1990).

“Ganar la calle”: el Cordobazo como *acontecimiento*

He señalado hacia el fin del apartado anterior que en las memorias de los exmilitantes de organizaciones político-militares existen constructos temporales invariantes, acontecimientos que funcionan como marcas en los calendarios militantes (Le Goff, 1991). Estos acontecimientos son recordados porque hacen, directa o indirectamente, al establecimiento de una comunidad, de un movimiento de jóvenes del cual ellos se sintieron parte.

Estas comunidades, y las experiencias que ellas enmarcan, se tornan más significativas cuanto menos distancia social hay con respecto a ellas. Más allá de los acontecimientos enmarcados en el contexto internacional que signan los límites y el ritmo de la *época*, los acontecimientos míticos que se dieron a nivel local se expresan a nivel de la experiencia como *rituales de iniciación*²³ en la militancia, entramando la experiencia personal y la memoria colectiva. En el contexto local, el Cordobazo aparece como el *acontecimiento* más significativo incluso para los que no estuvieron allí físicamente, lo cual lo convierte en un verdadero *mito de origen*²⁴ de la militancia en Argentina, y un ritual de iniciación para los que lo vivieron en carne propia. Pero ¿por qué el Cordobazo tiene esta significancia diferencial?

El Cordobazo se inserta en una serie de eventos similares que signaron la creciente agitación social durante mayo de 1969. Para este momento, promediando los tres años de la dictadura de Onganía, numerosos factores contribuían al



descontento general. Las medidas económicas aplicadas, en nombre de una “modernización”, afectaban directamente tanto a trabajadores fabriles como a comerciantes, cuentapropistas, chacareros y medianos empresarios. Las reducciones de jornada y pérdidas de derechos laborales (como el “sábado inglés”, o la imposición de la “conciliación obligatoria”) provocaron el descontento incluso del sindicalismo ortodoxo, que en su momento había apoyado la implantación del régimen (Brennan, 1996; Brennan y Gordillo, 1994). El marcado autoritarismo del onganiato despertó incluso el descontento en sectores que anteriormente no se habían sentido afectados por la represión y no se veían involucrados tan centralmente en las protestas, como es el caso de los estudiantes secundarios y universitarios²⁵, religiosos, y el mundo del arte y la cultura²⁶ (Romero, 2003).

Todos estos factores redundaron en un creciente clima de efervescencia. Durante los primeros meses de 1969, se dieron en las grandes urbes del país — aquellas que nucleaban sectores obreros y estudiantiles, principalmente— una serie de “puebladas”. Sólo en mayo de ese año se produjeron el “Correntinazo” (Chaco y Corrientes, 15 de mayo), el “Rosariazo” (Rosario, 16 de mayo), el “Salteñazo” (Salta, 21 de mayo), el “Tucumanazo” (Tucumán, 27 de mayo) y finalmente el “Cordobazo”, el 29 de mayo. Todas estas revueltas tuvieron características similares: protestas que convocaban a obreros y estudiantes, quienes ocupaban las calles de la ciudad y se enfrentaban con las fuerzas públicas, que terminaban con la intervención de las Fuerzas Armadas, detenciones masivas e implantación de tribunales de guerra y Estado de Sitio. Todas, además, tuvieron como saldo centenares de heridos y activistas muertos en manos de la policía, como es el caso del estudiante de medicina Juan José Cabral, en Corrientes; el obrero de IKA Máximo Mena, en Córdoba; el estudiante de ciencias económicas Adolfo Bello y el estudiante secundario Luis Norberto Blanco —de tan sólo 15 años—, en Rosario.

Sin embargo, ninguna de estas revueltas pasó a la posteridad con la celebridad y la *eficacia histórica* del Cordobazo. El Cordobazo estructura las memorias de los grupos ligados al “sindicalismo combativo”²⁷, las agrupaciones estudiantiles de aquel momento, y solapadas a éstas las inminentes organizaciones político-militares, como un acontecimiento que permitió vivir la sensación de que el poder estaba en manos del “pueblo”²⁸. El Cordobazo pasa a ser recordado como un acontecimiento “convocante” para la juventud de aquel momento, condensando una serie de elementos que resultan eficaces a la hora de establecer secuencias lógicas en un orden cronológico de represión, rebeldía y radicalización. Así relata Norma Álvarez los días previos al



Cordobazo:

“El Cordobazo se da en un contexto donde estamos viviendo una dictadura militar bastante corrupta y la gente va empujando hacia la democracia, entonces hay una serie de hechos sociales, entre ellos varias huelgas: se quería cerrar el comedor universitario, entonces los estudiantes también se habían levantado; habían matado a un estudiante en Corrientes, de los chicos que luchaban para que no se cerraran los comedores universitarios, y acá en Córdoba se movilizaban muchísimo los estudiantes, no solo universitarios sino también secundarios; y como había permanentemente represión en la calle, se dio un hecho que fue en los dos días anteriores al Cordobazo, que fue que la policía, como había ya Estado de Sitio y no se podían reunir más de dos personas en la calle, estaban en la puerta del [colegio] Jerónimo Luis de Cabrera un grupo de chicos, estudiantes, de los cuales había un grupito que estaban sentados en La Cañada, que es lo normal que hacen los estudiantes del Jerónimo Luis de Cabrera, y bueno, de dos cuadras les tiran una bomba de gas, para disuadir a los estudiantes que no estaban haciendo nada, y le pegan en el ojo a una chica y pierde el ojo, con lo cual los estudiantes secundarios se movilizaron, se levantaron todos los colegios. Entonces todo esto va generando, y no son cosas extrañas, son cosas que pasaban, que fueron pasando y que fueron gestando. Entonces los obreros largan un plan de lucha en contra de la represión, además muchos estudiantes eran hijos de obreros, la primera vez en la Argentina que los hijos de obreros van a la universidad”.

Norma puntualiza en los “estudiantes” como foco de las políticas estatales que vulneraban derechos adquiridos, pero sobre todo como blancos de la agresión estatal. El Cordobazo, en su memoria, es recordado como una revuelta que fue producto de un proceso donde confluyeron las reivindicaciones estudiantiles y obreras y la represión dictatorial. Norma recalca la identificación de los sectores obreros con los estudiantiles por el hecho de estar unidos generacionalmente: si bien muchos de los estudiantes no eran obreros, eran hijos de obreros que lograron acceder a la educación secundaria o universitaria. La relación de padres obreros e hijos estudiantes señalada por Norma no se da en las experiencias de todos los entrevistados, aunque sí una fuerte identificación con las causas obreras.

María de Poggi²⁹, que militaba en la Agrupación de Estudios Sociales (AES), una agrupación universitaria de la Universidad Católica, relata:

“[era] mayo del 69, empiezan todos los problemas en las universidades, acá se programa una movilización tanto en la [universidad] estatal como en la Católica, y se hace una misa. La primera vez en mi vida que iba a una manifestación de ese tipo, porque había ido a alguna del Partido Demócrata Cristiano, pero... *distinta*, había mucha represión. Cuando lo matan a Cabral, en la parroquia del Pilar se hace una misa, y estaba tan lleno que no entró toda la gente a la parroquia, fue como por el 20 de mayo [...] Cuando termina eso, se organiza una marcha y ahí lo encuentro al Manuel (su marido), la idea era ir todos con los brazos enganchados... y la «cana» empezó a tirar gases lacrimógenos a mansalva, entonces a correr... y yo me caigo, al darme vuelta entre los gases, no veía nada,



venía corriendo y choco *fuerte* contra una columna... veníamos abrazados para colmo, fue un golpe tan fuerte en la cabeza que me caí, entonces lo que venían atrás corriendo te pisaban, pasaban por arriba tuyo... por suerte el Manuel no me soltó, se soltó él y me arrastró hasta un negocio que la mujer no sé cómo nos abrió la puerta, y estaban todos medio ahogados, había una chica que se había quebrado la rodilla, estaba muy fiero la represión, feísima, yo la saqué barata, pero se me perdió un zapato, se me perdió la cartera, tenía las medias rotas, estaba toda embarrada porque me había caído... cuando se calmó todo, pudimos recuperarnos de los gases, del ahogo que sentíamos, fue impresionante, decía «y ahora cómo vuelvo a mi casa, porque me van a ver que estoy...», para colmo las cosas ya estaban muy peleadas en mi casa y yo no tenía zapato, el zapato después lo recuperé, no sé cómo... pero ¡no tenía la cartera, había perdido los documentos y tenía la pollera toda sucia! Y nos fuimos a un bar, ya se habían ido los canas, nos fuimos a tomar algo y a lavarnos en el baño, y al otro día no me animaba a ir a buscar el documento «¿Cómo hago para denunciar lo del documento?», la primera vez que pierdo el documento fue por la represión, al otro día me acompañó no me acuerdo quién... no sé si fue Mariano Pujadas³⁰. Y fue una semana terrible esa, porque el AES decide tomar la universidad, la Católica, unos días antes del Cordobazo, se mueven todas las universidades del país...”.

En muchas de las trayectorias analizadas, más allá de las reivindicaciones sindicales y estudiantiles, son las muertes de “compañeros” durante los días de estas protestas lo que motiva la participación en términos personales y sella “a fuego” lo que de allí en más será el compromiso con la causa. Pero, además, en muchos casos la agresión también es recordada como sufrida en carne propia, lo cual vuelve a la experiencia un verdadero *ritual de iniciación* (Turner, 1990). El relato de María sobre ese “debut” en la protesta recae con enorme riqueza en los efectos de la represión sobre el propio cuerpo golpeado, gaseado, sobre las ropas rotas, la pérdida de sus pertenencias. Entre las pertenencias perdidas, su memoria selecciona dos: la cartera, que contiene la documentación, y un zapato resultan elementos de una alta densidad simbólica en tanto que resultan metonímicos de la humanidad y de la identidad³¹ agredidas, diezmadas.

Para María es su “primer encuentro” con la protesta callejera y, al mismo tiempo, con la represión. A futuro, la posibilidad de ser agredidos desarrollaría en los militantes toda una conducta y un adiestramiento con respecto a la “seguridad”, a la protección de sus cuerpos. María relata haber sido reprimida y las consecuencias en su “imagen” en otros ámbitos, como el familiar, donde esas marcas de la represión (y la militancia) sobre el cuerpo comienzan a ser ocultadas, lo que pauta el inicio de una ruptura con este grupo de pertenencia y la incorporación casi total al grupo de militantes. Que los incipientes militantes fueran “abrazados” resulta muy simbólico, la imagen casi parece retratar un solo “cuerpo” agredido, desmembrado por la represión. Los relatos, como el de María, señalan que la ruptura con ciertos *contratos*



civilizatorios por parte del Estado motiva posteriormente el uso de la violencia, muchas veces leída como “defensa”. Y recalcan en estos acontecimientos, donde el contacto con la violencia padecida, por ellos o por otros, van marcándolos “a fondo”, “a fuego”.

A la vez, la pérdida de su documentación denota el comienzo de una contradicción con respecto al Estado y sus agentes. ¿Cómo podría denunciar ante la policía la pérdida del documento si había sido este mismo órgano el responsable de la represión? En estos contextos, previos a la militancia propiamente dicha, se recuerda la tensión entre la “legalidad” y la “ilegalidad”, la “desconfianza” y la “confianza” hacia las instituciones estatales y la acción política que, posteriormente, comenzará a ser clandestina. Los recuerdos sobre esta etapa son reveladores de un proceso mediante el cual la percepción sobre la solidez de los *contratos civilizatorios* se va resquebrajando. El Estado, idealmente concebido como un garante de la seguridad de los individuos, es recordado como un agresor.

En todos los relatos, la dictadura de Onganía es el marco, la referencia temporal donde se anclan las primeras experiencias de militancia, en aquel momento las personas entrevistadas trabajaban y estudiaban, por lo cual su actividad política comienza ligada a esas posiciones, en sindicatos o en centros de estudiantes. María se refiere a los miembros del AES como aquellos que la acompañaron luego de aquel trance respecto a la represión. Estos ámbitos de pertenencia, en sus memorias, se fueron transformando en comunidades que cubrirían casi todas sus necesidades de subsistencia, su seguridad, pasando a constituir una comunidad tan fuerte que llegó a ser considerada —y en la práctica a suplantar— todos los elementos que caracterizan a los lazos de parentesco.

Sea por la intensidad de la represión o por la emoción con la que se recuerda lo vivido durante esos días, los relatos del Cordobazo son impactantes y constituyen un punto de inflexión, un “capítulo aparte” en la vida de las personas. Éste parece haber funcionado como un *ritual de iniciación*, además de en la represión, en la política. Argentina vivía en ese momento otra dictadura y venía de 14 años de proscripción del peronismo³². Estos jóvenes en su mayoría crecieron en un mundo donde las libertades políticas estaban sustancialmente restringidas, no habían votado nunca y los periodos de dictadura hacían del Estado de Sitio una moneda corriente, con lo cual “ganar la calle” constituía un avance sobre un territorio vedado por el régimen. Así relata María Baraldo³³, que luego militó en el PRT-ERP, su vivencia en el Cordobazo:



“... [viví] el Cordobazo, con sorpresa, con asombro, porque yo estaba recién llegada a la ciudad y la envergadura que tuvo esa movilización, o esa pueblada o ese levantamiento de la ciudad, no me lo imaginaba, no me lo habría podido imaginar. Y eso originó que yo mirara con mucha curiosidad y sorpresa, y creo que con una dosis de inconsciencia, porque, como estaba tan sorprendida y curiosa, me moví por todos lados como si tuviera absoluta seguridad, y después con el tiempo me di cuenta que me podrían haber pasado cosas, que no me pasaron felizmente, por haber andado así, suelta, pasando de un barrio a otro, mirando qué pasaba, pero fue aleccionador, movilizador y *fantástico*, conocí gente de todas las edades, gente suelta y gente organizada, porque, por ejemplo, toda la manifestación de trabajadores, que bajaba de Santa Isabel para el centro, y los estudiantes, eso fue impresionante, verlos bajar, yo trabajaba en el centro y nosotros dejamos... yo ese día directamente no entré a trabajar, me quedé dando vueltas por ahí con mis compañeros de trabajo, mirando qué pasaba, porque se empezó a amontonar gente y ver esa gente que bajó al centro fue una cosa impresionante. Hubo también represión, yo a los momentos represivos los miraba siempre de afuera, me paraba a mirar, nada más, después vinimos con otra gente para el lado del Clínicas, no pudimos ir para Alberdi porque no se podía pasar, ahí decidí volverme para la casa, tuve que caminar muchísimo, obviamente, esquivando los lugares por donde ya no se podía pasar porque había barricadas, policía, después hubo un momento por la zona de Nueva Córdoba, yo vivía por esa zona, que de golpe ya no había nada, no había policía, desapareció la policía, había solo gente, se decía que habían matado a alguien, esos eran los dichos, después supimos que habían matado a Máximo Mena en Boulevard San Juan”.

“Aleccionador, movilizador y fantástico” son las palabras que usa María para describir su experiencia, como si el Cordobazo tuviera algo de fiesta, de *carnaval*⁴. Si bien se puede imaginar al evento como una batalla (con muertos, quemados, barricadas), en los relatos de los entrevistados conviven experiencias de represión con la *relatividad feliz* (Bajtín, 1977), una efervescencia agradable de la inversión momentánea de las jerarquías.

María, como otros entrevistados, lo recuerda como un momento “extraordinario” en el que se mezcló gente de todas las edades, sexos y clases sociales. Recuerda un vaivén entre dejarse llevar por ese movimiento y alejarse para observar, pero la jornada se caracteriza por la sorpresa y el carácter “aleccionador” que tiene el descubrimiento de algo completamente nuevo.

Las filmaciones del Cordobazo y las fotos que luego fueron seleccionadas como soportes de las memorias sobre ese día muestran cómo los manifestantes hacen retroceder a la caballería a fuerza de pedradas y bombas molotov. Ciertas partes de la ciudad habían sido tomadas, como el Barrio del Clínicas y el emblemático hospital del mismo nombre y cómo los manifestantes prendían fuego a lugares y objetos considerados símbolos del “imperialismo” o de la “oligarquía”: la sede de la Xerox, de la Citroën, la confitería La Oriental, el Jockey Club. Varios autos de la concesionaria Citroën, incluso, son sacados, dados vuelta y prendidos fuego. La



práctica de invertir y quemar da cuenta de la capacidad performática³⁵ y ritual de inversión de jerarquías y purificación de lo que podía considerarse símbolo del enemigo, del mal.

Los manifestantes tienen una actitud irreverente con todos los “poderes”, no sólo la policía, cuya emblemática imagen es retrocediendo, o con la caballería resbalando sobre canicas, sino también con la prensa: la foto emblemática del Cordobazo es la de una piedra llegando a la lente de la cámara fotográfica y en segundo plano el manifestante que se la arroja al fotógrafo, directamente a la cara.

Esto, además, permitió circular por la ciudad “libremente”, cosa que, en las vivencias de la generación, constituía una extrañeza dada la expresa prohibición de hacer reuniones de más de tres personas en la vía pública, los constantes controles y “pinzas”, la intervención de los espacios de participación.

Entre las mujeres, cuyos relatos he seleccionado intencionalmente, ya que permiten analizar más claramente la condición de género, la vivencia del Cordobazo tiene un plus de singularidad, ya que “la calle” —asociada para el universo masculino con la política, pero para el femenino con una “mala moral”— constituyó una doble escena de conquista. Para ellas, esta irrupción en la protesta es el emergente de aperturas más generales a otros “mundos”, otros universos sociales antes reservados a los varones, como la universidad, la “noche” y la “joda”, y con una serie de cambios que posibilitaron incrementar su poder de decisión con respecto a sus vidas, a sus vocaciones profesionales y políticas, a sus cuerpos³⁶.

Todos estos elementos marcan, por un momento, la sensación de una inversión de las jerarquías. Para la mayoría de las personas que entrevisté, este evento sirvió, ante todo, como ámbito de sociabilidad política y de iniciación en la protesta. Incluso para las personas que no participaron directamente en la revuelta³⁷, es en su memoria un hito que sirve de argumentación sobre la solidaridad expresada hacia los sectores directamente afectados, por sentirse comprometidos en la misma causa y enfrentados a la misma represión, al mismo “enemigo”.

La represión, como contracara de la movilización, es un componente central en el inicio de sus actividades militantes. En sus relatos, la represión desatada hacia los sectores en lucha es el argumento más corriente acerca de cómo fue concebida la violencia como estrategia política, siendo los muertos referentes importantes de identificación, no sólo como obreros o estudiantes, también como jóvenes y “héroes” o “mártires” de la causa.

Si bien se puede suponer que la fuerza afectiva se torna mucho más grande



cuando se trata de una relación cercana, la cohesión y la posterior “movilización” de todo un sector de jóvenes para reclamar y conmemorar muertes con las cuales la mayoría de estos jóvenes no tenían una relación personal, da cuenta de que es el cuerpo social, el grupo, el que se siente tocado por la agresión. Estos sucesos son siempre recordados, por más que no se tratara de un ser cercano, con mucha afectación, y es posible que, como señalara Halbwichs (2011), esto se dé por la identificación entre los miembros del grupo. Dentro de esta comunidad, en la cual los militantes estaban sumamente comprometidos, es posible que la agresión a uno de sus miembros no resultara indiferente a ninguno de los otros.

Este tipo de agresiones están en la raíz de los procesos de radicalización posteriores. En el transcurso del siguiente año, las organizaciones político-militares no sólo incrementan sus filas, sino que sus aparatos culturales hacen del acontecimiento una “gesta”. El documental *Ya es tiempo de violencia*, elaborado ese mismo año por el documentalista Enrique Suárez, exalta la rebelión y la necesidad de radicalizar la lucha. Un año después, para la misma fecha, Montoneros hace su aparición pública con el secuestro del expresidente de facto Pedro Eugenio Aramburu. El Cordobazo actúa en los años posteriores en un sentido, además de conmemorativo, performativo. A partir de ese momento, la temporalidad vital se “acelera” y se encamina exponencialmente hacia una mayor radicalización.

La política, la violencia y la época: a modo de conclusión

“Porque acá la historia oficial dice: «Ah no, son los guerrilleros los que sembraron la violencia en el país». ¡Mentira! Fueron los conquistadores, fueron las campañas del Desierto, fueron la Semana Trágica, Uriburu, los fascistas. Esos son los que implantaron la violencia. Y nosotros a la violencia de arriba les contestamos con la de abajo”. (Fragmento de la intervención de un exmilitante montonero durante la conmemoración de la “Toma de La Calera”. Diario de campo, julio de 2001.)

Hemos visto a lo largo de este artículo que ciertos cambios en las relaciones sociales, principalmente en relación con categorías estructurales como *género* y *generación*, así como lo que las y los entrevistados llaman “contexto”, contribuyeron a una creciente radicalización de ciertos sectores juveniles. La política, que pasó a impregnar tanto la vida pública como privada, el cierre de los canales parlamentarios, ciertos acontecimientos ejemplares a escala regional y global, contribuyeron a considerar la vía armada como estrategia política legítima. Ahora, en los contextos donde se desatan conflictos armados, situaciones violentas, una de las disputas *a posteriori* suele ser por establecer quién empezó la “espiral” de violencia. Las memorias de las



personas, en torno a mayo del 69, se vuelve, entonces, fundamental para comprender cómo es disputado el acento en el inicio de la violencia.

Portelli (1996) ha analizado argumentaciones similares a propósito de los enfrentamientos entre partisanos y nazis en Italia y los conflictos que se dan, *a posteriori*, por establecer de quién es la responsabilidad del origen de la violencia “desatada”. En las conmemoraciones de posguerra que él analiza, tanto los habitantes de pequeños poblados como los de Roma, en torno a la masacre de las Fosas Ardeatinas, tienden a culpar a los partisanos por “provocar” la ira de los nazis.

Algo similar se ve reflejado en la frase del epígrafe. Los estados nacionales modernos, y las sociedades que viven bajo su arbitrio, se piensan a sí mismos como *naturalmente pacificados*; en este contexto, la violencia es justificada sólo en manos de las fuerzas destinadas a mantener el “orden” o, en el caso de que sean particulares, en términos de “legítima defensa”. En este marco, cuando el “orden” ideal ha sido roto, el punto inicial de la violencia pasa a ser un terreno de disputa.

En el caso que estamos analizando, la referencia de los y las militantes a situaciones de represión por parte del Estado, a las sucesivas dictaduras y la preeminencia en los relatos de episodios de violencia de tipo “insurreccional”, forman parte de una memoria que disputa los sentidos de una “historia oficial” que los coloca como quienes “sembraron la violencia en el país”. En sus memorias, la violencia ejercida por ellos es una violencia “de abajo”, surgida en reacción a una violencia “de arriba”. Arriba y abajo son tópicos que sirven para retratar una situación de poder dentro de la sociedad pensada como piramidal y poner en contexto la decisión de optar por la “lucha armada” como una defensa ante la opresión.

Son interesantes estas argumentaciones y el papel de ciertos acontecimientos en esa cadena de acciones y reacciones, donde se busca el comienzo, la puntuación, el acento y las diferencias entre la violencia “oficial” y la “extraoficial”. Es esa acentuación de la violencia, padecida en el marco de un “clima de época”, que se manifiesta tanto en la represión física como en otro tipo de violencias simbólicas en ámbitos privados y públicos, lo que fundamenta la opción radical.

En términos analíticos, el caso analizado invita a la reflexión sobre la etnografía y la comparación como vías para la desnaturalización de los valores morales que en ocasiones invisten las miradas científicas sobre objetos como la política, pero especialmente la violencia. En este sentido, Claudia Hilb (2003) realiza un análisis sobre el Cordobazo y la violencia que, basándose en Arendt, llama *reactiva*, contraponiéndola a la *instrumental*. En su planteo, la segunda suplanta a la política,



mientras que la primera no, porque es una reacción ante la injusticia. El planteo de Hilb refleja una afirmación que enlaza categorías analíticas y nativas. En las memorias de los entrevistados, es rotundamente negada la afirmación según la cual el Cordobazo fue una reacción violenta “espontánea”. Al quitarle Hilb el componente intencional, que exime a los participantes de la carga negativa que pesa sobre la violencia instrumental, al separar violencia de política, obtura al mismo tiempo la comprensión de los matices, los intersticios entre violencia y política, entre espontaneidad y organización. En el planteo de Hilb, la violencia *reactiva*, “insurreccional”³⁸ en las categorías nativas, resulta más legítima que la violencia “foquista” o *instrumental*, que suprimiría la política. Lo que quiero problematizar aquí es que ambas categorías pueden ser buenas para pensar “tipos” de violencia, pero no constituyen compartimentos estancos, sino que se insertan en un esquema fundamental de comprensión de la causalidad de los conflictos: el del “ataque” y la “legítima defensa”. Por otro lado, pienso que la comprensión de estos fenómenos entraña el riesgo de replicar un sistema de valores válidos en la práctica social, pero que obturan la comprensión del fenómeno en sí mismo.

Es interesante notar que, tal como lo analizara Elias para el caso alemán, la mayoría de estas personas eran de clase media, o bien sus familias habían experimentado un ascenso social que les permitía gozar, en términos económicos, de ciertos beneficios inéditos en la historia de las clases sociales más bajas. Haciendo una comparación histórica, la sociedad resultaba, en términos económicos, mucho menos opresiva que en épocas anteriores. Es cierto que la Argentina atravesaba otra dictadura y que en ese momento se peleaba por mantener las reivindicaciones laborales vigentes, que ya entonces se vislumbraba que podían peligrar, pero ¿qué fue lo que llevó a estos jóvenes a sentir esa opresión como insoportable, al punto de tomar una opción radical que comprometía sus propias vidas?

Podemos ensayar algunas hipótesis siguiendo la línea que ellos mismos marcan entre represión y proscripción, y la comparación con el caso alemán. Como he dicho antes, la “juventud” es una construcción arbitraria, un terreno de lucha por el recambio generacional. Cuando se deja de ser “joven” y se empieza a ser “adulto”, se está en condiciones de heredar de las generaciones anteriores dos tipos de capitales de los más valiosos en todas las sociedades: el económico y el simbólico o político.

Estos jóvenes estuvieron, por un lado, expuestos a un desarrollo económico que les permitió independizarse económicamente de sus padres a muy temprana edad, hecho que a la vez que les dio más libertades, los expuso a las coacciones del



mundo del trabajo mucho más rápido, a la explotación y al contacto con otros sectores históricamente explotados. Otro elemento importante es el incremento de ese capital ante el masivo acceso a bienes culturales, como la educación superior y a otro tipo de consumos que he analizado anteriormente.

En un plano más personal, la juventud de estas personas responde, con ciertos matices, a las características que se adjudican “arquetípicamente” a cualquier joven: pasión y rebeldía en un aquí y ahora que prometía conjugar la visión de un mundo extremadamente injusto con un lugar en ese mundo, una “realización personal” destinada a redimirlo, a cambiar el curso de la historia. El “clima de época” que da forma a los recuerdos sobre la juventud va trazando en las memorias las razones por las cuales se optó posteriormente por la militancia en organizaciones político-militares, el paso de la mera participación en la protesta a la militancia “organizada” marca una discontinuidad en las memorias de los y las militantes, no sólo porque implicaba un nivel mucho mayor de compromiso, sino también porque pasar a la clandestinidad modificaba aspectos muy fundamentales en sus vidas.

En lo político, años de proscripción, de Estado de Sitio, de prohibición de “asociarse”, dan cuenta de que los canales de participación parlamentaria se habían estrechado de modo significativo, obturando aún más las posibilidades de ascenso que en este terreno se dan de por sí. En este contexto, la democracia era vista como una “coyuntura” para la toma del poder, la opción extraparlamentaria se volvió no sólo posible sino que fue vista como la “única” opción.

En este sentido, la democracia, como un sistema de participación política y, consecuentemente, la *pacificación*, adquieren diferentes sentidos y valoraciones de acuerdo con contextos y grupos específicos. Observando la alternancia entre periodos dictatoriales y democráticos durante el siglo XX en Argentina, sus características y la emergencia de movimientos armados, diríamos que es interesante interrogarnos sobre el modo en que este concepto fue tomando el valor positivo, el cariz “deseable” que le adjudicamos actualmente. La última dictadura militar (1976-1983) constituyó un brutal dispositivo de aniquilamiento, otorgando un valor completamente nuevo a la idea de “democracia”.

En las experiencias previas que venimos analizando, las vías extraparlamentarias (cuyo ejemplo son Vietnam y Cuba), los *acontecimientos* de “insurrección” como el Cordobazo, se tornaron referentes y horizontes de posibilidad. Basados en esos mitos fundacionales como *origen* de una comunidad, se perfiló un *destino*. Y la “revolución” llegó a ser percibida como la “única” vía posible para torcer el



rumbo de la historia.

Referencias bibliográficas

- ANDERSON, Benedict. (1993). *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica. (Edición original, 1983.)
- APPADURAI, Arjun. (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Montevideo: Trilce.
- BAJTIN, Mijail. (1977). "Carnaval y literatura". *Eco*, XXXII-193, 313-338.
- BLÁZQUEZ, Gustavo y RECHES, Ana Laura. (2017). "La calle es un lugar. Escenas de interacción entre varones homosexuales y agentes policiales durante la década de 1980 en Córdoba (Argentina)". *Cadernos Pagu*, 51, 1-29.
- BOURDIEU, Pierre. (1990). La "juventud" no es más que una palabra. En *Sociología y Cultura*, pp. 119-127. México: Grijalbo.
- BOURDIEU, Pierre. (1999). La ilusión biográfica. En *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, pp. 74-83. Barcelona: Anagrama.
- BRENNAN, James. (1996). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamérica.
- BRENNAN, James y GORDILLO, Mónica. (1994). "Protesta obrera, rebelión popular, insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo". *Estudios, Revista del Centro de Estudios Avanzados*, 4, 51-74.
- DA MATTA, Roberto. (1981). *Relativizando: Uma Introducao á Antropología Social*. Petrópolis: Vozes.
- DURKHEIM, Emile. (2001). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza. (Edición original, 1912.)
- ELIAS, Norbert. (1997). *Os Alemães. A luta pelo poder e a evolução do habitus nos séculos XIX e XX*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- ELIAS, Norbert. (2001). *El proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica. (Edición original, 1939.)
- FASSIN, Dieder. (2012). *Humanitarian Reason: a moral history of the present*. California: California University Press.
- FAVRET-SAADA, Jeanne. (2012). "Being affected". *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 2-1, 435-445.
- FERRATER MORA, José. (1979). *Diccionario de filosofía*. Buenos Aires: Sudamericana.



- GEERTZ, Clifford. (2000). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Grijalbo.
- GRISENDI, Ezequiel. (2013). "¿Cómo interpretar el Cordobazo? Dos lecturas sociológicas". *Intersticios en la Cultura y la Política: Intervenciones Latinoamericanas*, 3, 1-16.
- HALBWACHS, Maurice. (2011). *La memoria colectiva*. Buenos Aires: Miño y Dávila. (Edición original, 1950.)
- HILB, Claudia. (2003). La responsabilidad como legado. En César Tcach (comp.), *La política en consignas. Memoria de los 70*, pp. 101-122. Rosario: Homo Sapiens.
- IPARAGUIRRE, Gonzalo. (2011). *Antropología del tiempo. El caso mocoví*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- LE GOFF, Jacques. (1991). *El orden de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- MANNHEIM, Karl. (1952). The problem of generations. En Paul Kecskemeti (ed.), *Karl Mannheim: Essays*, pp. 276-322. London: Routledge. (Edición original, 1927.)
- NEIBURG, Federico (1995). El 17 de octubre de 1945: un análisis del mito de origen del peronismo. En Juan Carlos Torre (comp.), *El 17 de octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel.
- NEIBURG, Federico. (1999). O naciocentrismo das ciências sociais e as formas de conceituar a violência política e os processos de politização da vida social. En Leopoldo Waisborg (org.), *Dôssier Norbert Elias*, pp. 37-62. São Paulo: Universidade de São Paulo.
- NuAP (Núcleo de Antropología da Política). (1997). *Uma antropología da política. Rituais, representações e violência*. NAU: Río de Janeiro.
- PASSERINI, Luisa. (2008). "Connecting emotions. Contributions from Cultural History". *Historein*, 8, 117-127.
- POLLAK, Michael. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades ante situaciones límite*. La Plata: Al Margen.
- PORTELLI, Alessandro. (1996). O massacre de Civitella Val di Chiana (Toscana, 29 de junho de 1944): mito e política, luto e senso comum. En Marieta de Moraes Ferreira e Janaína Amado, *Usos e abusos da história oral*, pp. 103-130. Rio de Janeiro: Fundação Getulio Vargas.
- ROMERO, Luis Alberto. (2003). La primavera de los 70. En César Tcach (comp.), *La política en consignas. Memoria de los 70*, pp. 123-134. Rosario: Homo Sapiens.
- ROSALDO, Renato. (1991). *Cultura y verdad. Nuestra propuesta de análisis social*. México: Grijalbo.
- SAHLINS, Marshall. (1997). *Islas de historia*. Barcelona: Gedisa.



SCHINDEL, Estela. (2013). "En los zapatos del que sufre. Aproximaciones epistemológicas y éticas a los Centros Clandestinos de Detención. O ¿con qué calzado visitar un campo de concentración?". *Papeles del CEIC*, 93, 1-33.

TCACH, Cesar. (2012). *De la Revolución Libertadora al Cordobazo. Córdoba, el rostro anticipado del país*. Buenos Aires: Siglo XXI.

TELLO, Mariana. (2012). *La vida en fuego. Un análisis antropológico sobre las memorias de la "lucha armada" en los 70 en Argentina*. Tesis para el Doctorado en Antropología de Orientación Pública. Universidad Autónoma de Madrid, España.

TELLO, Mariana. (2013). Ética y antropología de la violencia. En Fernando Dias Duarte y Cyntia Sarti (org.), *Antropología e ética*, pp. 172-229. Brasilia: Associação Brasileira de Antropología.

TELLO, Mariana (2017). "(Re)pensando el concepto de reflexividad en el contexto del trabajo de campo". *Trabajo y Sociedad*, 29, 667-675.

TURNER, Victor. (1990). *La selva de los símbolos*. España: Siglo XXI.

VASCONCELOS, José Gerardo. (2000). *Memórias da Saudade. Busca e Espera no Brasil Autoritário*. São Paulo: Annablume.

Documentos

Archivo audiovisual del Cordobazo. Centro de Documentación Audiovisual, Universidad Nacional de Córdoba.

Documental *Buen Pastor. Una fuga de Mujeres*. Productora El Calefón, 2010.

Dossier *Topografía de la rebeldía*. Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba, 2009.

Notas

¹ Agradezco a Daniela Domínguez sus contribuciones y la revisión del texto, y a los evaluadores sus generosos comentarios.

² De ahora en más usaré el entrecorillado para demarcar las categorías nativas y la tipografía itálica para las analíticas.

³ Se trata de mis tesis de maestría en Antropología (Universidad Nacional de Córdoba) y de doctorado en Antropología (Universidad Autónoma de Madrid), la primera defendida en 2006 y la segunda en 2012. En el momento en que comencé el trabajo de campo, a fines de 2003, el tema constituía un conflicto que generaba disputas y, en la mayoría de los casos, silencios. El momento resultó ser "fértil" en tanto que la asunción de Néstor Kirchner ese mismo año y su linaje "setentista" volvió a poner el tema sobre el tapete y, posteriormente, las políticas de Estado impulsadas por su gestión abrieron múltiples ámbitos donde se posibilitó la expresión de memorias sobre "los 70" y especialmente sobre la represión. Las tesis se enfocaron en comprender las memorias e identidades ligadas a la militancia en organizaciones político-militares en los 60 y 70, las relaciones entre violencia, política y nación en esas memorias y, en definitiva, el entramado sociogenético y psicogenético que había hecho de la "lucha armada"



una estrategia política posible. Actualmente, como investigadora de CONICET, me enfoco en el análisis del ejercicio y padecimiento de la violencia durante esos años, y la doble ruptura de esos *contratos civilizatorios* (Elías, 2001) que esta experiencia implicó para los militantes que luego pasaron por Centros Clandestinos de Detención.

⁴ Según Sahlins (1997) y Da Matta (1981), la “eficacia histórica” de un suceso está dada por su significatividad dentro del esquema cultural, un suceso fenoménico llega a ser un *acontecimiento* cuando es reinterpretado. Es la significación proyectada desde el sistema cultural lo que lo vuelve eficaz.

⁵ En las diversas aproximaciones a la noción de tiempo, si bien la noción de “contexto” histórico parece más claramente definida, la de “clima” o “espíritu” de una época ha sido cuestionada una y otra vez en su calidad de concepto analítico. Ambos conceptos tienen en común la propiedad de ser marcos explicativos para entender fenómenos puntuales y la influencia que ejercen sobre los individuos, pero llama la atención la dispersión de definiciones sobre este tipo de temporalidad que es más *cualitativa* que *cuantitativa*. Desde la antigua Grecia y la oposición entre Kairos (el tiempo de Dios, el tiempo de la oportunidad) y Cronos, pasando por el *Zeitgeist* hegeliano (Ferrater Mora, 1979) y la de *corrientes sociales* (Durkheim, 2001), la idea de una temporalidad que trasciende las diferencias sociales, actúa de manera envolvente y determina las acciones colectivas, se encuentra presente.

⁶ El término generación es un concepto complejo. En un sentido positivista, abarca a las personas nacidas en un mismo periodo comprendido en el lapso de quince años; en otro sentido, se refiere menos a una contemporaneidad que a lo revivable interiormente como un tiempo significativo dentro de la existencia de una persona o de un grupo (Mannheim, 1952), como algo arbitrario, susceptible de ser significado de diferentes modos para señalar diferencias y complementariedades con otros grupos (Bourdieu, 1990).

⁷ Debido a mi interés en las narrativas biográficas realicé —entre fines de 2003 y 2009— 27 *entrevistas de trayectoria* (Bourdieu, 1999; Pollak, 2006) que fueron producidas para mi tesis de doctorado (Tello, 2012) y para el documental *Buen Pastor: una fuga de mujeres* (2010), en el cual fui coguionista, entrevistadora y asesora histórica. La selección de los y las entrevistadas se basó en ciertos criterios propios del problema de investigación, como *pertenencia organizativa* y *jerarquía alcanzada*; condiciones objetivas tales como *clase social* y *género*, así como a ciertos hechos que continuaban siendo conmemorados y generando *comunidad*, como la fuga del Penal del Buen Pastor en 1975 o la “Toma de la Calera” en 1970. Así, fueron entrevistadas personas que militaron en Montoneros y en el Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo (en más PRT-ERP), varones y mujeres, en su mayoría “cuadros medios” de las organizaciones y pertenecientes a una extracción de clase que se podría denominar media.

⁸ Respecto de los condicionamientos morales y su impacto en las decisiones éticas en el trabajo de campo, a lo largo del texto se podrá observar la coexistencia de nombres reales y ficticios, ya que esta fue una opción que di a las personas entrevistadas, así como la posibilidad de corregir sus entrevistas. Esto deriva de la concepción de que las experiencias relacionadas con la violencia constituyen un tabú; por ende, las entrevistas y la asunción de un nombre son indicadores de la relación de las personas con su identidad y con los dilemas morales que ciertas experiencias introducen cuando son relatadas públicamente en la imagen de sí y para otros (Tello, 2013).

⁹ Respecto de la temporalidad *presente* desde la cual se construyeron las memorias plasmadas en esta investigación, cabe la aclaración de que se trató de un trabajo de campo extenso que se realizó con más intensidad entre 2003 y 2006 y entre 2008 y 2010, perteneciendo las entrevistas analizadas en este artículo al primer periodo. En este lapso, sus perspectivas fueron cambiando sobre todo en relación al contexto de sollicitación de la palabra: cuando comencé el trabajo de campo, la mayoría de las personas no habían sido entrevistadas por nadie antes. Posteriormente, la ampliación del interés social sobre la violencia *padecida* que significó el restablecimiento de juicios por delitos de lesa humanidad, implicó también un desplazamiento en las condiciones del habla sobre la violencia *ejercida* (Tello, 2013). Sus perspectivas, sin embargo, no se modificaron tan sustancialmente respecto al menos de los sucesos que se analizan en este artículo: en tanto *mito de origen*, la *época* y el Cordobazo forman parte del “núcleo duro” de secuencias invariantes, memorias sumamente encuadradas



sobre ese pasado. Una novedad, en este sentido, fue la propuesta metodológica y analítica de considerar a ciertos acontecimientos como rituales de iniciación o de paso, en sus trayectorias, entramando procesos individuales y colectivos.

¹⁰ Norma Álvarez nació en Córdoba, tiene dos hermanos. Su padre era empleado público y su madre, ama de casa. Militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios en un colegio estatal, una parte de los secundarios en un colegio de monjas y los terminó en la escuela nocturna. Actualmente trabaja en la obra social de un sindicato. Es católica. Tiene dos hijos. Estuvo exiliada en Suecia y en Nicaragua.

¹¹ Hay que tener en cuenta lo señalado por Bourdieu (1990) sobre la juventud. Según él, responde a una clasificación enmarcada en la lucha por definir los límites entre una generación y otra. Lo que dura la juventud suele ser un objeto de lucha porque de ello depende el ritmo en la transferencia de ciertos capitales de los más viejos a los más jóvenes. Retomaremos esto cuando hablemos de la lucha por el ascenso a posiciones políticas en el caso que nos estamos ocupando.

¹² En las condiciones del habla con los y las entrevistadas, un factor crucial fue mi caracterización, por su parte, como “hija de compañeros”. Habiendo sido mis padres militantes de Montoneros, y mi madre asesinada en 1976, en la mayor parte de los casos la voluntad de hablar se vio guiada por una suerte de “deber” de explicar las condiciones de radicalización en las que ellos —y eventualmente mis padres— habían asumido la violencia. Esta situación, que al principio me parecía un “sesgo”, terminó siendo un potente material reflexivo en torno a las formas bajo las que se construyen los datos etnográficos (Tello, 2017).

¹³ Como ejemplo de estas memorias oficiales, cabe citar la llamada “teoría de los dos demonios”, la cual unificaba a la guerrilla con el accionar terrorista del Estado bajo el signo de la violencia. Este marco explicativo, plasmado como discurso (re)fundacional de la Nación en el prólogo al informe *Nunca Más*, en 1984, es uno de los que mayor continuidad ha conseguido tener a lo largo del tiempo, ya que en la actualidad se observan estos mismos discursos en ciertos medios de prensa, como *La Nación*.

¹⁴ Elias (2001) señala que existe una articulación de larga duración entre los procesos que reprimen el ejercicio de la violencia *externamente* (por medio de órganos estatales de coerción e instituciones pacificadoras) y la incorporación, la represión *interna*, que hace a la regulación de los impulsos. Esto redundaría en una *estructura emocional* específica, que moldea la subjetividad, haciendo que experimentemos culpa, vergüenza o repulsión ante la transgresión o, por el contrario, alegría y satisfacción al “obrar bien”. En una línea similar Passerini (2008) señala el potencial de las emociones para *conectar* lo subjetivo con lo objetivo, lo público y lo privado y, en definitiva, hacer comunidad.

¹⁵ Ignacio Vélez nació en Córdoba, es hijo único. Su padre era abogado y su madre ama de casa. Su padre era peronista, su madre no tuvo militancia. Militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios en un colegio religioso de la ciudad de Córdoba y los secundarios en el Liceo Militar. Tiene título universitario en abogacía. Es católico de origen y por elección. Tiene una hija. Estuvo exiliado en México.

¹⁶ La *militancia* es una idea que atraviesa toda la modernidad, alcanzando escala planetaria en el siglo XX (Vasconcelos, 2000), con la paulatina secularización de la vida social (Elias, 1997) durante ese período. Así, en extensos grupos, pasa a cubrir las necesidades de sentido vital que en épocas anteriores colmaba la religión, siendo una actividad que trasciende lo público para configurarse como un “modo de vida” que impregna ámbitos de sociabilidad clásicamente considerados “privados”.

¹⁷ Entiendo los conceptos de *ethos* y *cosmovisión* en el sentido geertziano: “En la discusión antropológica reciente, los aspectos morales (y estéticos) de una determinada cultura, los elementos de evaluación, han sido generalmente resumidos bajo el término *ethos*, en tanto que los aspectos cognitivos o existenciales se han designado con la expresión «cosmovisión» o visión del mundo” (Geertz, 2000: 118).

¹⁸ Es interesante aquí analizar el aspecto emocional en las palabras del entrevistado: la “conmoción” por el hecho ejemplar como forma de *afectación* (Favret-Saada, 2012) y, al mismo tiempo, de *fuerza emocional* (Rosaldó, 1991), y el “amor” (Passerini, 2008) hacia ciertas figuras “míticas” como el Che Guevara, ya que es un aspecto poco explorado en las experiencias relacionadas con la política, donde tanto en las categorías nativas como en las analíticas se



prioriza lo “racional”. Estas experiencias, por su estrecha relación con otros *dramas* que *afectan* —como la muerte—, resultan reveladoras de otras dimensiones de la experiencia.

¹⁹ Rodolfo Novillo nació en Córdoba. Tiene 9 hermanos, cinco de ellos militaron en el PRT-ERP, uno en el radicalismo, otro en el peronismo y otro en la democracia cristiana. Una de sus hermanas estuvo desaparecida y sus restos fueron identificados. Su padre era escribano y su madre, empleada bancaria; no tuvieron participación política. Militó en el PRT-ERP. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales, estudió historia en la Universidad Nacional de Córdoba. Estuvo detenido legal y clandestinamente en los campos de concentración La Perla y La Ribera.

²⁰ Llama la atención que Rodolfo se considere a la edad de 17 años como “veterano” confirmando, en cierta forma, que los modos de significar los límites de los ciclos vitales tienen que ver con un contexto determinado que influye en las prácticas que estos grupos tendrán y cómo disputarán sus posiciones al interior del campo político y del campo militante.

²¹ Luis Mattini fue el nombre de guerra de Arnol Kremer, pero que él continuó usando ya pasada la época de la militancia clandestina y hasta el día de hoy. Nació en Zárate, provincia de Buenos Aires, tuvo un hermano que participó en el PRT-ERP y está desaparecido. Su padre y su madre eran obreros. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales. Estuvo exiliado en Suecia y en México.

²² Antonio López (nombre ficticio) Nació en Córdoba, tiene 5 hermanos, dos de ellos militaron en el PRT-ERP y están desaparecidos. Su padre era obrero ferroviario y su madre empleada doméstica. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales. Su padre era peronista y fue delegado sindical, él militó en el PRT-ERP. Estuvo detenido clandestina y legalmente.

²³ Turner (1990) analiza los rituales de iniciación de los jóvenes Ndembu en África por medio de los cuales transitan al estatus de adultos dentro de su comunidad. Se trata de experiencias trascendentales y únicas, con un alto componente corporal —y una dosis bastante alta de sufrimiento—, con las que demuestran su valía para la vida adulta. Considero que el concepto —y sus fases de *separación*, *liminaridad* y finalmente *agregación* a la vida social— resulta bueno para pensar estos hechos únicos en la vida de las y los militantes.

²⁴ Neiburg (1995) señala que la categoría de mito, clásicamente aplicada a las sociedades sin escritura, es buena para pensar las formas de significar el pasado en nuestras sociedades nacionales. Los mitos, en estos contextos, funcionan como formas de dotar de significado a un acontecimiento, el cual es reactualizado por un grupo para orientar acciones y valoraciones sociales en el presente.

²⁵ El sector universitario ya había sufrido un golpe por parte del régimen apenas empezada la dictadura, en 1966. En lo que se conoció como “la noche de los bastones largos”, en la cual la policía irrumpió en la Universidad de Buenos Aires, golpeando a estudiantes y docentes. Como consecuencia de esto muchos científicos fueron empujados al exilio. Ese año, además, fue asesinado durante una protesta, en la ciudad de Córdoba, Santiago Pampillón, un militante obrero y estudiantil perteneciente al radicalismo. A partir de allí “los estudiantes universitarios fueron reprimidos por el régimen con la misma brutalidad que éste había empleado contra el movimiento obrero. La Universidad fue puesta bajo el control del gobierno, las clases fueron suspendidas por un año, las facultades fueron intervenidas y el debate y el disenso fueron recortados por una atmósfera de persecución, sumisión y mediocridad” (Brennan y Gordillo, 1994: 60).

²⁶ El régimen tuvo además una política de censura explícita, tanto a producciones locales como internacionales, de las cuales la más emblemática pasó a ser la del Instituto Di Tella.

²⁷ De hecho, esta memoria ha sido la preponderante en el recuerdo social de este evento, en detrimento de las estudiantiles, las cuales se enlazan más directamente con los procesos de radicalización que aquí analizamos. La memoria sobre el movimiento sindical y el Cordobazo ha sido foco de análisis académicos desde momentos inmediatamente posteriores a los hechos, tal como lo analizan Brennan y Gordillo (1994) y Grisendi (2013).

²⁸ Neiburg (1995) señala que, en la construcción de acontecimientos míticos, categorías tan inclusivas como “pueblo”, “nación”, y actualmente “gente”, constituyen todo un terreno de disputas, tanto por establecer quiénes las integran como por señalar su destino.

²⁹ María de Poggi (nombre ficticio) nació en Córdoba. Tiene cuatro hermanos, uno militó en



Montoneros y está desaparecido. Su padre, comerciante, y su madre, ama de casa, militaron en la Democracia Cristiana. Ella militó en Montoneros. Realizó sus estudios primarios en un colegio estatal y los secundarios, en uno religioso. Es trabajadora social y se jubiló como profesora universitaria. Es católica de origen y por elección. Tiene dos hijos. Estuvo detenida durante la dictadura de Onganía y la última dictadura militar.

³⁰ Militante fundador de Montoneros, asesinado en Trelew, en agosto de 1972, tras la fuga del penal de Rawson.

³¹ Tal como lo analiza Bourdieu (1999), respecto a la documentación personal como objetivación de la identidad, y Schindel (2013), quien analiza el papel de los zapatos como metonimia de la humanidad, dan cuenta de la capacidad de ambos objetos de ser “índice de la individualidad”.

³² Para un análisis histórico del periodo de la proscripción del peronismo, ver Tcach (2012).

³³ María Baraldo nació en La Laguna, provincia de Córdoba. Su padre era obrero metalúrgico y su madre, ama de casa. Realizó sus estudios primarios y secundarios en colegios estatales, cursó Trabajo Social hasta tercer año y tiene una tecnicatura en Lengua y Cultura Aborígen. Trabaja de enfermera. Su padre tuvo militancia sindical. Militó en el PRT-ERP. Estuvo detenida durante la dictadura de Onganía y estuvo exiliada en Francia y Nicaragua.

³⁴ El carnaval es una fiesta pagana donde se invierten todas las jerarquías. En la fiesta se mezclan categorías de personas que en los contextos “normales” no se mezclarían, la gente se disfraza, puede ser “otra” durante el corto tiempo que dura la fiesta, se cometen excesos que en otro momento no serían posibles o serían moralmente sancionados. En las filmaciones del Cordobazo hay una cantidad de símbolos que apoyan esta afirmación: máscaras (pañuelos que tapan la mitad de la cara y sólo dejan ver los ojos o pasamontañas), cánticos y multitudes que saltan, desfile (estandartes que identifican a los grupos en la movilización, en los primeros momentos), miles de personas ocupando las calles céntricas.

³⁵ Me refiero aquí al concepto de *performance* tal como lo retoman Blázquez y Reches (2017) de Schechner. Estas performances en la protesta implicarían *conductas restauradas* organizadas por guiones, y suponían distintas prácticas de seguridad, tácticas implementadas por ellos para su protección en el desarrollo de las actividades militantes.

³⁶ El cambio biopolítico que protagonizan las mujeres en este momento es quizás el aspecto más revolucionario —y al mismo tiempo más invisible— de la época. El consumo de “la píldora” (anticonceptiva) constituye un verdadero hito en la relación entre género y política, ya que les da la opción de vivir su sexualidad más libremente, pudiendo tener control sobre la posibilidad de tener hijos, punto de intersección por excelencia entre lo público y lo privado.

³⁷ Halbwachs (1990) ha señalado que estas vivencias “prestadas”, no vividas en carne propia, son igualmente efectivas para estructurar la memoria cuando las personas se hallan comprometidas en un grupo; lo que al grupo le sucede no le es ajeno al sujeto, aunque no responda a una experiencia directa.

³⁸ Es el caso de los militantes de las FAP, por ejemplo, quienes abrazaban esta estrategia porque “las bombas molotov y el revólver son armas que están al alcance del pueblo y no un FAL o una ametralladora”.

Fecha de recepción: 30 de agosto de 2018. Fecha de aceptación: 30 de octubre de 2018.